

nociendo que en guardar la formacion consistia el éxito, formaron cuadro al verse rodeados, disparando sus ballestas y arcabuces en todas direcciones, y haciendo sentir la cortante hoja de las espadas á los que se aproximaban.

En buen orden, pero acosados de continuo por las numerosas columnas de guerreros indios, emprendió Francisco Lugo la retirada con su compañía; pero paso á paso, para guardar la formacion y no separarse unos de otros, porque eso hubiera equivalido á perderse completamente.

La situacion de los castellanos no podia ser mas crítica ni angustiosa. Una legua en retirada de aquella manera exigia muchas horas de lucha, y las municiones no eran suficientes para un largo combate. Francisco de Lugo, en uno de aquellos momentos en que toda la fuerza enemiga se unió para atacarle por el frente y los costados, despachó á un indio de los de Cuba, que llevaba de criado, diciéndole á Cortés lo que pasaba, para que marchase en su auxilio.

En los momentos mas terribles de angustia, cuando el cansancio y la fatiga habian casi agotado las fuerzas á los soldados españoles, llegó á oídos de Pedro de Alvarado el ruido de los tiros de arcabuz de los soldados de Lugo. Habia encontrado en el camino que llevaba algunos pantanos, y no pudiendo pasar por ellos, tomó por otro sendero que le condujo precisamente hácia el mismo que llevaba Francisco de Lugo. Alvarado, al oír los tiros y la gritería de los indios, comprendió lo que pasaba, y apresuró su marcha en direccion hácia el sitio en que aquéllos sonaban. Pronto llegó al sitio del combate sin ser visto de los contrarios, y arremetiendo de repente sobre los bata-

llones que acosaban á los soldados de Lugo, logró alejarlos, causándoles algunos muertos, y unirse á sus fatigados compatriotas.

La alegría de los auxiliados fué indescriptible, y el socorro no podia haber llegado á mejor tiempo.

Los indios, pasado el primer instante de sorpresa que les causó la inesperada aparicion de Alvarado, y viendo el insignificante número de soldados que contaba, volvieron á lanzarse á la lucha, oprimiendo, por decirlo así, con el peso de sus numerosas columnas á sus contrarios. Sin embargo, unidas las dos compañías y disparando alternativamente sus arcabuces y ballestas, lograban retirarse haciéndose temer y abriéndose paso cuando se trataba de cerrarles.

Tres cuartos de legua fueron retrocediendo de la penosa manera expresada las dos compañías, cuando se presentó Hernan Cortés con su gente, avisado por el indio de Cuba que le envió Lugo. Los batallones indios, al verle, se detuvieron. Reunidas las dos fatigadas compañías al resto del ejército, hicieron ya alto, esperando las órdenes del general. Los indios permanecieron algunos momentos al frente de los españoles, pero sin disparar ni acometer, y al fin se fueron alejando poco á poco, hasta desaparecer completamente.

Hernan Cortés creyó mas conveniente llegar al cuartel general para curar á los heridos, que marchar en pos de los batallones que se retiraban. Pocos instantes despues de haber vuelto á la ciudad, murieron dos de los soldados heridos, pertenecientes ambos á la compañía de Francisco de Lugo. El entierro se hizo con las ceremo-

nias acostumbradas y asistiendo á él todos los soldados.

Tres fueron los indios prisioneros que hicieron los españoles en aquella jornada, entre ellos un capitán. Hernán Cortés les preguntó, por medio de su intérprete Aguilar, la causa que tenían para la hostilidad con que le habían recibido, y entonces le hicieron saber que la conducta amistosa que habían observado con Grijalva, había disgustado á los caciques de las demás tribus, hasta acusarles de traidores y cobardes, por lo cual habían prometido hacer una guerra tenaz á los castellanos si volvían á visitarles. A esta noticia, agregaron otras no menos alarmantes. El país entero estaba en armas y se había levantado para combatir sin tregua: los caciques de las diversas tribus próximas á Tabasco, tenían reunidos sus escuadrones en un sitio no lejano; el indio Melchorejo les había manifestado la corta fuerza que los españoles tenían, aconsejándoles que no les dejasen descansar ni un solo instante; y que los caciques y generales habían dispuesto caer con todas sus fuerzas sobre la ciudad al siguiente día.

Hernán Cortés sintió verse precisado á entrar en una guerra que le obligaba á detenerse en su viaje; pero prefirió la tardanza á dar motivo á que pudiesen creer los indios que se embarcaba por temor. El guante estaba arrojado, y no estaba ni en sus ulteriores intereses, ni en su buen nombre, no aceptarlo y combatir. La detención era perjudicial á sus intereses; pero si alcanzaba una victoria decisiva sobre todo el poder reunido de los caciques, el triunfo podría abrirle las puertas del territorio mejicano, á donde pensaba dirigirse, pues la noticia del triunfo podía precederle en su viaje á Ulua.

Infatigable y activo, mandó que se sacasen los caballos que estaban en los barcos, que se dispusiesen las piezas de artillería, se arreglasen las ballestas y los arcabuces, y que nada le faltase al soldado para entrar en campaña al siguiente día.

Queriendo escuchar la opinión de sus capitanes respecto á la resolución tomada, les hizo ver la mancha que podría caer sobre el honor castellano si se alejaban sin escarmentar á los que les retaban, y todos se manifestaron de acuerdo con su resolución.

Cortés hizo pasear á los caballos, que estaban entumecidos y torpes á causa de la falta de movimiento con que habían estado á bordo por espacio de muchos días, y pronto se hallaron en estado de correr.

Queriendo que todo estuviese á punto para la hora del combate, encargó á Mesa, que era el que mandaba la artillería, si la honra de este nombre merecían aquellas imperfectas piececitas, que la tuviese lista y limpia; dió él el mando de la infantería á Diego de Ordaz, y él se reservó el de la caballería, que estaba formada de los valientes capitanes Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Alonso Hernández Portocarrero, Velázquez de León, Juan de Escalante, Francisco de Montejo, Alonso de Avila, Francisco de Morla, Gonzalo Dominguez, Láres, Pedro Gonzalez, y Moron.

Estos doce valientes capitanes y excelentes jinetes, y Hernán Cortés que era el jefe, componían todo el cuerpo de caballería que, aunque corto en número, era de notable importancia en una campaña en que por primera vez iban á ver caballos los indios de Tabasco.

Al brillar la luz primera de la mañana, el corto ejército asistió á la misa con recogimiento y devocion. Era el 25 de Marzo, dia de Nuestra Señora, á la cual se encomendaron con fé ardiente los católicos soldados. Cumplido con el deber religioso, Hernan Cortés dispuso su gente; dió el mando de la infantería á Diego de Ordaz, y montando él á caballo, así como los doce capitanes que formaban el reducido escuadron, salió la expedicionaria columna de la ciudad con direccion al sitio en que los prisioneros habian indicado que se hallaba reunida toda la fuerza de los diversos caciques de la provincia.

El ejército marchaba sobre un terreno fangoso, por el riego constante que los indios daban á las tierras que formaban las sementeras del cacao, abundante en aquella provincia. La marcha era por lo mismo penosa y lenta; haciéndola aun mas dificultosa la artillería, que la conducian por una calzada estrecha y llena de sinuosidades. Así caminó la tropa hasta una poblacion llamada Cintia, distante una legua de Tabasco, sin descubrir ni un solo indio en el espacio que alcanzaba la vista. Un silencio profundo reinaba en la campiña, y se hubiera dicho que el país estaba desierto, á no saberse que sus numerosos habitantes se habian reunido en un punto para lanzarse á la lucha.

El calor era sofocante en aquellas cálidas regiones; pero los soldados españoles, que habian adoptado la cota de algodón en vez de la pesada armadura, soportaban fácilmente la fatiga, y se manifestaban sueltos y alegres.

Hernan Cortés y los caballeros que formaban el reducido escuadron, tuvieron que separarse, en Cintia, del resto

de la fuerza, porque unas ciénagas hacian imposible el paso de la caballería.

Diego de Ordaz siguió con la infantería el camino recto, mientras Cortés, rodeando por otra parte, desapareció con sus jinetes de la vista del ejército, aunque marchando todos hácia el mismo sitio en que sabian que se encontraba el enemigo.

No habia transcurrido media hora desde la separacion de Cortés cuando la infantería descubrió al numeroso ejército indio en un espacioso llano próximo al pueblo de Cintia. Los batallones tabasqueños se dirigian sobre Tabasco, creyendo sorprender á los castellanos, mientras éstos habian salido con el intento de dar el mismo golpe en el campamento indio.

Unos y otros se hallaban, al fin, al frente de sus contrarios. Los batallones indios ocupaban una extension inmensa, y se movian como las poderosas olas del mar que amenazan sepultar la ligera embarcacion que trata de abrirse paso por entre ellas.

Los principales guerreros iban cubiertos con cotas de algodón, ostentaban en la cabeza vistosos penachos para aumentar la estatura; iban armados de flechas y espada, y llevaban en la mano izquierda un fuerte escudo para defenderse de la ballesta y de la espada. Los soldados iban casi desnudos, pintado el cuerpo y rostro de diversos colores, pero todos perfectamente armados. Unos llevaban largas y poderosas lanzas, otros flechas, otros dardos, gran número de ellos pesadas espadas, que se descargaban á dos manos, y no pocos, hondas con que arrojaban una lluvia de piedras. A estas armas ofensivas,

acompañaba la defensiva del escudo, que era general en los ejércitos indios.

Al ver á los soldados españoles, lanzaron aquellas numerosas filas de guerreros que se extendían hasta donde podía alcanzar la vista, á lo largo del horizonte, espantosos alaridos de guerra que iban á repetir el eco de las montañas. Considerando fácil la victoria, se lanzaron, al son de los bélicos instrumentos, sobre el corto número de españoles, como un impetuoso torrente que amenaza arrastrar cuanto encuentra á su paso. La acometida fué terrible, y la primera descarga de flechas hirió á mas de setenta soldados castellanos. Los acometidos recibieron á sus contrarios con el filo de sus espadas, sus balles-
tas y sus arcabuces, y pronto se sostuvo, por largo tiempo, una terrible lucha, cuerpo á cuerpo, cruzándose las lanzas y descargando unos y otros matadores golpes. Pero el cortante filo de la espada toledana, manejada diestramente, hacía estragos en los desnudos cuerpos de los indios, y para evitar su cortante golpe, se retiraban á ponerse fuera de su alcance, para volver á acometer, despues de haber arrojado sobre sus contrarios nuevos aguaceros de flechas y piedras. En los momentos en que se apartaban un poco, la artillería y los arcabuces hacían fuego sobre las inmensas masas, causando grandes estragos en ellas. Los indios arrojaban hojas y tierra sobre los que caían muertos para evitar que los enemigos los viesen, y retiraban precipitadamente del campo los heridos mientras nuevos batallones se lanzaban con ímpetu poderoso y dando horribles alaridos sobre los fatigados españoles. Una hora llevaban de combate, y la situación de los

castellanos era cada vez mas crítica. El número de enemigos era inmenso y el suyo disminuía á cada instante por el aumento de heridos que en cada lluvia de flechas tenían.

La ansiedad era terrible. Nada sabían de Hernán Cortés y del pequeño escuadrón que le acompañaba. Temían que, impedidos por ciénagas intransitables, se hubiesen desviado demasiado del sitio del combate. De repente se dejó ver Hernán Cortés con la caballería. Un grito de placer dejaron escapar todos los soldados.

Los indios, preocupados en la lucha empeñada con los contrarios que tenían delante, no vieron llegar por retaguardia á los jinetes. Hernán Cortés se lanzó con sus valientes caballeros sobre las filas enemigas al grito animador de «Santiago y San Pedro.»

La inesperada aparición de los españoles, atacando por la espalda y manejando la potente lanza, puso en confusión á las columnas de guerreros indios. Era la vez primera que veían caballos, y creyendo que el jinete y el brioso animal formaban un solo cuerpo, que eran un solo individuo, huyeron aterrados y despavoridos (1). Mientras la caballería acababa de desbaratar las columnas enemigas, la artillería y los arcabuces enviaban sus tiros sobre los que, en confuso tropel, huían á los bosques y las montañas.

Hernán Cortés, no queriendo manchar la brillante vic-

(1) «Aquí creyeron los indios,» dice Bernal Díaz del Castillo, «que el caballo é caballero era todo un cuerpo, como jamás habían visto caballos hasta entonces.»

toria causando víctimas innecesarias, mandó que no se persiguiese á los que huían ni se disparase sobre ellos un tiro mas. Conducta noble que le enaltece, y con la cual se conquistaba el aprecio de los vencidos, pues veían humano al vencedor, á quien en el combate encontraron valiente y poderoso.

Gómara, apasionado á todo lo maravilloso, atribuyendo el triunfo á la cooperacion de San Pedro y Santiago, dice que aparecieron á caballo combatiendo del lado de los españoles, presenciando su milagrosa aparicion el fatigado ejército. El franco y sencillo Bernal Diaz del Castillo, burlándose de la aseveracion del referido escritor, dice con estilo irónico: que «pudiera ser que lo que dice el Gómara, fueran los gloriosos apóstoles señor Santiago ó señor San Pedro, y yo, como pecador, no fuese digno de verles;» pero que allí habia sobre cuatrocientos soldados, así como Cortés y otros caballeros, y que «hasta que leyó la corónica de Gómara, nunca entre conquistadores que allí se hallaron, tal se oyó.»

Alcanzado el triunfo, Hernan Cortés hizo que el pequeño ejército entrase á descansar en una frondosa arboleda que estaba próxima, y debajo de la verde bóveda que formaban sus frondosas ramas, elevaron sus preces al Todopoderoso, dándole gracias por la notable victoria que les habia concedido.

En memoria de ella y del dia en que fué alcanzada, se puso por nombre á la ciudad primera que los españoles edificaron en la provincia, «Santa María de la Victoria,» que fué despues capital del estado.

El ejército que los indios presentaron, ascendia á cua-

renta mil hombres, que habian reunido los caciques de ocho poderosas tribus (1). Las pérdidas que tuvieron fueron considerables, pues pasaron de ochocientos hombres los cadáveres que se hallaban sobre el campo (2).

La fuerza española, que se componia de cuatrocientos infantes y trece jinetes, tuvo más de cien heridos, cinco de caballería y el resto de infantería, muriendo á poco dos de éstos últimos. De los trece caballos, ocho salieron heridos en diversas partes.

Hernan Cortés, á fin de que descansase la tropa y se curasen los heridos, volvió á la ciudad de Tabasco, conduciendo cinco prisioneros que se habian hecho en la batalla, entre los cuales habia dos capitanes.

Muchos escritores extranjeros, al ver ese gran número de combatientes vencido por las cortas fuerzas de Hernan Cortés, han acusado injustamente de cobardes y pusilánimes á los indios. El cargo es inmerecido. El hombre no puede hacer mas que morir luchando en el combate, y los ochocientos muertos y mas de mil heridos que tuvieron los tabasqueños, hablan muy alto en favor de su denuedo y valentía. «En esta batalla, que duró una hora, dice

(1) Preguntando Cortés á unos caciques que se presentaron pidiendo paz despues de la batalla, qué número de gente presentaron, respondieron «que de ocho provincias se habian juntado los que allí habian venido, y que segun la cuenta y copia que ellos tenian, serian por todos, cuarenta mil hombres.» Carta del Ayuntamiento de Veracruz á Carlos V, el 10 de Julio de 1519.

Bernal Diaz del Castillo, lleno de la fé ardiente de los caballeros de aquel tiempo, pone estas palabras: «Digo que todas nuestras victorias son por mano de Nuestro Señor Jesucristo, y que en aquella batalla habia para cada uno de nosotros tantos indios, que á puñados de tierra nos cegaran, salvo que la gran misericordia de Dios en todo nos ayudaba.»

(2) Bernal Diaz.